

UNA VISIÓN FRANCESA
DE LAS RELACIONES
INTERNACIONALES

BERTRAND BADIE,

Profesor en el Institut d'Études Politiques, París



Nunca resulta sencillo asociar una visión de las relaciones internacionales a cualquier pueblo en su conjunto, sobreentendiendo de este modo una especie de unanimidad en relación con una serie de cuestiones que revisten, en esencia, una enorme complejidad. El debate en torno a las lecturas parciales de las relaciones internacionales ha existido siempre: pro la Europa legitimista o la revolucionaria a finales del siglo XVIII; a favor de la colonización o en su contra, a lo largo de todo el siglo XIX; a favor del pacifismo o del belicismo durante la Primera Guerra Mundial; en apoyo o denuncia de los Acuerdos de Múnich; de neutralidad o de intervención al lado de la República en la Guerra Civil Española; entre la colaboración y la resistencia en el contexto de la Segunda Guerra Mundial; a favor de las posiciones socialistas o por el denominado “mundo libre” durante la Guerra Fría, etc. A lo largo de su historia, Francia ha debatido con frecuencia acerca de la esfera internacional, y se ha mostrado dividida en este ámbito. Existe, sin embargo, un elemento común y vertebrador, una especie de cultura gala de las relaciones internacionales que se ha ido conformando con el tiempo y que pesa sobre sus dirigentes, forjando una política exterior en ocasiones vacilante e incierta, pero siempre apoyada en referentes fijos, cuyos resortes, giros y resultados intentaremos desvelar en este artículo.

Los resortes de la política internacional: del Imperio a la “grandeur”...

Francia siempre ha albergado un sueño imperial cuya fuente sea tal vez la historia romana que fundamenta su latinidad. En tiempos antiguos, fue víctima de las ensoñaciones de otros imperios, y padeció el impacto colonial, lo que aportó a la memoria histórica y las aspiraciones francesas de un sentimiento de resistencia nacional. Del mismo modo, la impronta imperial está presente en su derecho público, elaborado por expertos “romanistas” a finales de la Edad Media. Y a lo largo de todo este tiempo, dicho referente nunca ha desaparecido del todo. Como ya hiciera Carlomagno, Luis XIV soñaba con ser emperador y sus proyectos europeos entrañaban sin duda un trasfondo imperial, que llegaría a materializarse con Napoleón. Y tras su derrota en 1815, el sueño imperial europeo transmutó en un sueño imperial colonial, universalista, emancipador, mesiánico, e incluso generoso, en la mente de sus defensores más exaltados. La noción actual de “Françafrique”¹ bebe de ese sueño imperial que aún se resiste a morir y que alimenta de manera más o menos perversa, las políticas francesas contemporáneas, como el gusto por la intervención o la celeridad a la hora de asumir como propios todos los asuntos internacionales, incluidos los más alejados.

1. N. del E.: El término “*Françafrique*” se acuña a mediados de los años 50 y en el marco de la independencia de las colonias subsaharianas francesas, cuando el gobierno del General De Gaulle plantea una política informal de injerencia (política, a través de empresarios y para-diplomacia, aunque también militar y económica) que le permita mantener su influencia política en temas de política doméstica así como en foros internacionales (garantizándose su apoyo). Progresivamente, el término ha ganado connotaciones negativas.

El imperio francés ha sido siempre precario, a menudo imaginado, más onírico que real. Al no haberse impuesto de manera duradera, alumbró la idea de nación, enmendada por su concepto más político que cultural, más universalista que identitario. Como un sutil compromiso forjado por la historia, el concepto de nación conserva el matiz universal del sueño imperial y se presenta, una alternativa integradora, que, por ese motivo, siempre ha herido la sensibilidad identitaria de la derecha francesa. Aquí, la transacción desemboca en el conflicto, tal vez en la contradicción, que contrapone una lectura extravertida y emancipadora de la nación a una visión más particularista: determinada izquierda ve a la nación francesa a través de una realización de los valores republicanos y emancipadores, allí donde por lo general la derecha solo concibe una Francia cristiana, occidental, blanca.

A la primera le corresponde un laicismo militante que observa al mundo más allá de sus religiones; a la otra, Juana de Arco, el orden moral y la perpetua tentación antisemita que es fácilmente extensible a la arabofobia y a la islamofobia. Esta división, muy francesa, dista mucho de no tener efectos —como cabe imaginar— en las políticas internacionales, que conducen a menudo a una sobrevaloración del parámetro religioso a la hora de considerar situaciones de conflicto, y a una prescripción política y diplomática siempre cuidadosa en esta materia.

Profundamente marcada por la cultura del Estado —cuya paternidad parece reivindicar con frecuencia la Historia de Francia—, esta política internacional sigue siendo jacobina, apasionada por los debates sobre la soberanía, vinculada a una cultura westfaliana, cuya impronta francesa se tiene en cuenta a menudo. Así, la universalización del modelo estatal permanece en el centro de su dinámica, activando, al menos de manera simbólica, el momento de la descolonización, que supuestamente universaliza el modelo estatal de extracción francesa. El Concierto Europeo, tal y como se concibió y se organizó tras la derrota de Waterloo, sigue siendo también un referente potente; la recuperación de la debacle napoleónica, la compensación al sueño imperial roto y el medio de oficializar el papel de Francia como cogente del mundo. La idea se mantiene hoy en día intacta y firme: explica hasta qué punto valora Francia su puesto como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, su presencia en la mayoría de los “grupos de contacto”, en el G7, en el G20, así como su inclusión entre los “grandes”. Contrariada por su adscripción desde el exterior, en cambio, al concepto de “potencia intermedia”, Francia aspira, en primer lugar, a ser una “gran potencia”. Insegura, al mismo tiempo, en cuanto a su capacidad real, insiste sin cesar en su “grandeur”, fórmula forjada por el General de Gaulle en virtud de la cual la influencia sustituye a un poder coercitivo menos evidente, y donde la visualización prevalece sobre la eficacia de los recursos de los que se dispone. De este modo, el rango clasificatorio se convierte en una prioridad que debe preservarse a toda costa, y el *overachievement* en un imperativo permanente de su diplomacia. Así es como debe entenderse la voluntad política de De Gaulle de dotar a Francia de armamento nuclear, un medio infalible, entonces, para mantenerse en “primera división”.

No resulta difícil encontrar el reflejo de estos resortes en la historia intelectual y en la forma en la que la ciencia francesa contemporánea ha concebido y construido las relaciones internacionales. No se ha contemplado de manera prioritaria la esfera internacional a través de un proceso tradicional de ciencia política que, al contrario que en Estados Unidos, siempre ha sido marginal en Francia. En cambio, resulta notable que la historia de las relaciones internacionales haya dominado en la tradición universitaria francesa, a través de figuras tan sólidas y prestigiosas como Pierre Renouvin o Jean-Baptiste Duroselle, y sus discípulos. La mirada francesa sobre la esfera internacional siempre ha sido profundamente histórica, reproduciendo las líneas ya subrayadas, en ocasiones en detrimento de la puesta en relieve de las grandes rupturas que han marcado la posguerra mundial. Cabe forjar la hipótesis de que esta historicidad muy sólida, ha desbordado regularmente la aplicación misma de las políticas exteriores.

La misma observación sería válida en el ámbito del derecho internacional, del que Francia ha sido, tradicionalmente, un vector con una profunda influencia en la implantación de un régimen de normas internacionales. Muchos trabajos realizados en Francia en el ámbito del análisis internacional parten de un razonamiento jurídico o han sido desarrollados por juristas: Georges Scelle fue pionero en este sentido, aportando los primeros fundamentos de una sociedad internacional solidaria e interdependiente. Además, muchos de sus sucesores procedentes de las facultades de Derecho han enriquecido las perspectivas francesas en materia internacional.

Por último, no se puede olvidar el arraigamiento de la escuela francesa de sociología, que desde finales del siglo XIX se diferencia claramente de su vecino y rival alemán, encarnado entonces por Max Weber. Este situaba deliberadamente el concepto de potencia como eje central de su obra, mientras que el francés Emile Durkheim concebía su sociología en torno al concepto de integración social y de solidaridad. Resultaría demasiado fácil y falso considerar de manera esquemática que de ello derivaba una oposición entre una cultura de la potencia y otra de la solidaridad. En cambio, es evidente que el solidarismo *durkheimiano* tuvo un profundo impacto en el pensamiento político francés y, en particular, en el concepto de la esfera internacional. En la transición del siglo XIX al siglo XX, un político de alto rango, futuro presidente de la Sociedad de las Naciones, elaboró un concepto solidarista de las relaciones internacionales. Presidente del Consejo, ministro en varias ocasiones, en particular de Asuntos Exteriores, Léon Bourgeois se presenta también como uno de los padres fundadores de un multilateralismo a la francesa, que nunca abandonará el escenario de las ideas. El proceso es todavía más notable

en el sentido de que se distingue como anticipo del *wilsonianismo* que se vislumbraba en el horizonte, pero que concibe el multilateralismo a partir de los principios del institucionalismo liberal, conformados por derecho e intercambios en mayor medida que por solidaridad social. De este modo, entran en competencia dos culturas del multilateralismo: la nacida en Francia reivindica en mayor medida lo social que la potencia y motiva, en particular, la creación de la Organización Internacional del Trabajo en 1919, presidida entonces por otro francés de sensibilidad cercana, Albert Thomas.

La aventura colonial fue traumática, acompañada de la mala conciencia inspirada por el abandono por parte de la República de los principios generales de los derechos humanos, de los que, no obstante, Francia se presenta como inspiradora universal

Los grandes giros contemporáneos

De hecho, los resortes culturales e intelectuales son significativos, complejos y, en ocasiones, contradictorios. Son sobre todo los acontecimientos que les dan cuerpo. Se ponen de manifiesto, al menos, tres secuencias decisivas: una serie de derrotas consecutivas, la aventura colonial y las ambigüedades de su finalización y la época del general de Gaulle y las intuiciones de su protagonista. La derrota bélica ha jugado un efecto traumático profundo en el imaginario colectivo francés. Más allá de la que siguió a Waterloo, que se superó rápidamente, la capitulación frente a Alemania, en 1871, fue suficientemente decisiva para haber provocado la reinención perdurable de la República, la obsesión colonial y el nacimiento de un nacionalismo que, al contrario de lo que ocurrió con el de la Revolución francesa, se presentaba como identitario y conservador.

La debacle de 1940 fue todavía más difícil de asumir, y a menudo fue negada hasta crear la ficción de que Francia se encontraba entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial; afirmación frágil, apoyada en el carisma del general de Gaulle, que relanzó la voluntad francesa de afirmarse como miembro de la oligarquía mundial de la posguerra cuando ya no disponía de los medios para ello.

Sin embargo, las derrotas sufridas en el crepúsculo de la época colonial fueron todavía mucho más decisivas. Tal vez la Francia contemporánea nació en Dien Bien Phu, en Vietnam, cuando fue derrotada por una fuerza mucho más pequeña. Por primera vez en su historia, se veía doblegada en el escenario mundial por un actor que no era ni un Estado reconocido, ni una potencia, ni un miembro “del club”. La novedosa e insólita situación alumbró una profunda desconfianza respecto de aquello que podía aportar Francia como potencia, una búsqueda desesperada de una grandeza compensatoria, y una desconfianza hacia sus aliados y, en particular, hacia los Estados Unidos (renovada con motivo de la expedición de Suez en 1956). La derrota posterior —más política que militar— frente a la resistencia argelina actuó como



una suerte de doloroso recordatorio de vacunación. En este sentido, la aventura colonial fue traumática, acompañada de la mala conciencia inspirada por el abandono por parte de la República de los principios generales de los derechos humanos, de los que, no obstante, Francia se presenta como inspiradora universal. Tuvo, no obstante, otro efecto, considerablemente más positivo: abrir la sociedad francesa a la asunción de culturas que no eran la suya y hacer que entrara de este modo una antropología científica entre los parámetros que determinaron, y siguen determinando, las opciones políticas de los más ilustrados.

El gaullismo, que estuvo presente en el nexo de la mayoría de estos acontecimientos, se constituyó como una síntesis de todas estas adaptaciones, facilitada por la personalidad de su inspirador. También le debemos la reorientación del nacionalismo francés desde la búsqueda de la *grandeur* y de la voluntad de proteger el rango de Francia en el mundo a una doctrina sólida de la independencia nacional que era su prolongación natural y que busca contener el papel y el lugar de aliados que suscitaban desconfianza. Le debemos asimismo una adhesión calculada a la acotada Europa de los Seis, en la medida en que pensaba que debía permitir a Francia asegurar en este



foro su liderazgo diplomático, pero, sobre todo, volver a conquistar un espacio propio donde podría ejercer su influencia, lo que era posible con una Alemania derrotada, pero ciertamente no con un Reino Unido vencedor.

Esta reorientación era fundamental, pero más global todavía: no solo abría la puerta a una toma de distancia respecto de la Alianza Atlántica que Francia quería en vano coger; no solo reconstituía con precaución el bilateralismo franco-ruso (viaje de junio de 1966 durante el cual de Gaulle se dirige a la multitud moscovita desde el balcón del ayuntamiento), sino que liberaba una intuición sólida que iba a conformar la política exterior francesa durante casi medio siglo. La división oriente-occidente no estaba destinada a perdurar y, el jefe de la Francia Libre pensaba además que la división norte-sur no iba a tardar en imponerse. Así es como debe interpretarse la política de descolonización de China en 1964, el memorable viaje de Charles de Gaulle a una decena de países de América Latina durante el verano del mismo año, o el giro de 1967, que acerca a Francia a los países árabes e inaugura su famosa “política árabe”. Si algunos aspectos de esta política nueva confinaban al “neocolonialismo”, en particular la política africana que siguió a la descolonización, la ruptura era considerable y separaba a Francia de la postura ordinaria de sus aliados occidentales. El alejamiento se fue confirmando: abandono del mando integrado de la OTAN en 1966, dura crítica, ese mismo año, en el famoso discurso de Phnom Penh, a la política de Estados Unidos en Vietnam —en el que proclamó su famoso “viva Quebec libre”—; y el año siguiente, el De Gaulle plantea una política internacional en gran medida derogatoria respecto de las normas de la Guerra Fría y de la bipolaridad.

La continuidad prevaleció con los sucesores del General de Gaulle, que no pertenecían siempre, sin embargo, a la misma familia política. Gaullista de pura cepa, Georges

Pompidou flexibilizó la lectura gaullista de Europa de la que se había observado que no era hostil a una integración comedia: el “delfín” del general puso no obstante fin al bloqueo que impedía a Gran Bretaña ocupar su lugar. De esencia más liberal que gaullista, Valéry Giscard d’Estaing prosiguió en lo esencial la política exterior del fundador de la V República, incluso si la había criticado

en ocasiones antes, en particular en relación con el conflicto árabe-israelí. En esencia, François Mitterrand, por muy oponente histórico que pudiera ser y a menudo virulento crítico de la política exterior gaullista, se esforzó por conservar los postulados hasta dar lugar al neologismo “*gaullo-mitterrandismo*” para definir una doctrina que apenas se discernía: equidistancia entre los Estados Unidos y Gran Bretaña en pleno neoliberalismo, confianza renovada en el eje franco-alemán, misma política árabe y un leve mayor acento en la necesidad de la integración europea.

Paradójicamente, la ruptura con el gaullismo la llevó a cabo Jacques Chirac, de extracción gaullista, y se agrandó con sus sucesores, cada uno de ellos perteneciente a horizontes políticos diferentes, pero seducidos todos por una especie de neoconservadurismo a la francesa. En sus inicios, Chirac también había tomado la senda de la continuidad, oponiéndose en particular, de manera resuelta, a la intervención de Estados Unidos en Irak en 2003. Sin embargo, esto fue poco más que el canto de cisne del gaullismo, que tuvo una culminación rápida en la Cumbre del G8 celebrada en Evian en junio del mismo año: Chirac se reconcilió con Bush de manera espectacular; aceptó votar, en el Consejo de Seguridad, varias resoluciones que avalaban la intervención de los Estados Unidos; se lanzó a una estrecha cooperación con Washington para firmar conjuntamente la famosa Resolución 1.559 sobre el Líbano y Siria; recibió en 2005 a Ariel Sharon en París para relanzar las relaciones con Israel; e inició activamente una política de acercamiento con la OTAN que permitió a su sucesor consagrar la vuelta de Francia al mando integrado de la organización.

En términos presupuestarios, Francia tiene muchas dificultades para cubrir sus operaciones en el exterior, mientras que los resultados de estas parecen cada vez más pobres, y a menudo contra-productivos



El nuevo presidente francés, Emmanuel Macron, dispone de bazas que los demás dirigentes occidentales no tienen. Sin embargo, su puesta en práctica sigue siendo dudosa, lo que explica su tentación de prolongar la línea precedente en lugar de modificarla

Nicolas Sarkozy solo tuvo, por tanto, que prolongar la política reconcebida de este modo y darle un contenido doctrinal y simbólico. Refrendado en su campaña por G.W. Bush, amasando referencias casi obsesivas a la “familia occidental”, cultivando la amistad franco-árabe únicamente entre los emiratos del Golfo, poco inclinado a interesarse por el Sur, bastante incómodo fuera de los caminos trillados de la esfera internacional, desorientado por Putin, poco dispuesto a interesarse por Asia, Sarkozy dejó a François Hollande un legado diplomático atlantista, poco sensible a lo que empezaba a cambiar en Estados Unidos a raíz de la elección de Barack Obama. Su sucesor se reconcilió más con la antigua SFIO (antecesora del Partido Socialista) que con el *gaullo-mitterrandismo*. Intervencionista a ultranza (Mali, República Centroafricana, el Sahel, Siria, Irak, Afganistán, etc.), esta política retomaba las principales características, ciertamente atenuadas, del neoconservadurismo estadounidense de principios de nuestro siglo: fundamento mesiánico, creencia en una causa justa más que realista, reafirmación de la identidad occidental, proclamación de la superioridad de los valores vinculados a estas, creencia en la capacidad de la fuerza para “acabar con el mal”, superación de los escrúpulos soberanistas, fe en las virtudes de la injerencia... a fin de cuentas, visión jerárquica de la globalización.

La paradoja consistió en desarrollar esta visión en el momento en el que los Estados Unidos empezaban a abandonarla y cuando Barack Obama se disponía a inaugurar una política diametralmente opuesta. Y, además, fue articulada en el Elíseo cuando la mayoría de los países europeos ya se apartaban de la misma y la condenaban con una discreción educada. Lo más sorprendente es que

no suscitó ninguna crítica real ni consistente entre la clase política francesa, excepto la reticencia del Partido Comunista y del ala izquierda de Los Verdes. Se puede explicar esta extraña evolución por la pérdida parcial de la influencia francesa, asociada a presidencias débiles y poco carismáticas, a dificultades económicas que rompieron el equilibrio en la pareja franco-alemana y que llevaron a París a buscar otros medios para compensar estas debilidades. También cabe subrayar el efecto doloroso para Francia de la ampliación de la Unión Europea en 2004, que, probablemente, le hizo perder el liderazgo diplomático que la época gaullista había permitido construir. Revela también la consecuencia de un corte progresivo con los países del Sur, fuente de regresión de su influencia y de evolución perniciosa de una visión que, en lo sucesivo, lleva a desempeñar, en África o en Oriente Medio, un papel más de gendarme que de socio.

Los resultados: ¿ardor o presunción?

No hay nada peor en política exterior que la desmesura y el contratiempo. El general de Gaulle luchó contra estas dos patologías, en el primer caso tomando, sin proclamarlo demasiado, la medida justa de las capacidades reales de Francia; en el segundo caso acelerando la descolonización y la toma en consideración del Sur. Actualmente, los dos riesgos están presentes de nuevo. Para convencerse del primero, basta con recordar que, en términos presupuestarios, Francia tiene muchas dificultades para cubrir sus operaciones en el exterior, mientras

que los resultados de estas parecen cada vez más pobres y a menudo contraproducentes. Por lo que respecta al segundo de los riesgos, se debe al desfase entre el neoconservadurismo a la francesa y la ausencia de una réplica en otros países, en un momento en el que los demás Estados están divididos entre un neoliberalismo que Obama ha intentado promover sin demasiados émulos y una fiebre neonacionalista que parece imponerse un poco en todos lados.

El nuevo presidente francés, Emmanuel Macron, parece intentar definirse entre estos escollos. Elegido contra el neonacionalismo del ambiente, para Europa y para la globalización, dispone de bazas que los demás dirigentes occidentales no tienen. Sin embargo, su puesta en práctica sigue siendo dudosa, lo que explica su tentación de prolongar la línea precedente en lugar de modificarla, como se puede observar por la confirmación de la presencia militar francesa en África, su cordial encuentro con Donald Trump, el 14 de julio de 2017, las manifestaciones de amistad expresadas a Benjamín Netanyahu (“querido Bibi”) o la reanudación de una política “de seguridad” en materia de inmigración, basada, entre otros elementos, en la diferenciación entre inmigrantes económicos y refugiados.

De hecho, la política exterior francesa necesita una reinención por muchas razones. En primer lugar, el peso considerable de su legado histórico la inmoviliza en sus viejos fantasmas: el sueño imperial, el mesianismo republicano, la nostalgia de las diplomacias de club, un nacionalismo construido que frena su conversión sincera a la identidad europea o al cosmopolitismo de la globalización. Cualquiera de estos vuelcos habría podido realizarse en el cambio de siglo, si la ampliación incontrolada de la Unión no hubiera arruinado las posibilidades del momento histórico y si el declive económico de Francia no hubiera transformado a la integración europea en generadora de fobias. Y, aun así, habría sido necesario que los dirigentes de la época hubieran comprendido lo que se dirimía y no hubieran abandonado el *gaullo-miterrandismo* por un neatlanticismo que ya estaba caduco. Hoy en día, el tablero de juego parece estar más bloqueado que nunca, ya que el neoconservadurismo francés se ha convertido en una función del sistema político nacional, una forma de reconstituir el capital de legitimidad de los dirigentes, convirtiendo a estos en protectores del sueño imperial que nadie osa poner en tela de juicio, los garantes de un occidentalismo que la fiebre islamófoba e incluso algo sinófoba reaviva hasta convertirlo en una necesidad identitaria, los defensores de un territorio nacional que se considera amenazado y que se preserva, entre otros aspectos, mediante la vigilancia de los inmigrantes.

Francia tendrá una política internacional enferma si no consigue curarse de su fiebre populista, que es a su vez resultado evidente de las disfunciones de su sistema político y de la incapacidad de este para aceptar el mundo nuevo tal y como es, y tal y como perturba los viejos esquemas de antaño, los que alimentaban la pretérita *grandeur*. El debate gira por tanto en torno a tres direcciones: ¿es Francia una “gran potencia”, como lo afirman sus dirigentes, una “potencia intermedia” como declaran la mayoría de los observadores, o una potencia que solo existirá realmente a través de Europa, como surran algunos?; ¿debe Francia asumirse en el atlantismo

o constituye este un obstáculo a su entrada en la globalización?; ¿es esta compatible con las nostalgias imperiales que todavía conforman la cultura francesa? Tres debates que parecen vetados hoy en día.